

Máximo Huerta

No me dejes

(Ne me quitte pas)



10^o
ANIVERSARIO

Máximo Huerta



No me dejes
(Ne me quitte pas)

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Máximo Huerta, 2025

Representado por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición en otra presentación: octubre de 2015

Primera edición en esta presentación: abril de 2025

Depósito legal: B. 4.495-2025

ISBN: 978-84-08-30090-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España



Un pájaro que se ha escapado hace pocos minutos de una jaula sobrevuela París. Busca lugar en los tejados de Saint-Germain-des-Prés. Sale humo de algunas chimeneas. El aire juega con las formas y una mujer se asoma a la ventana para ver el tiempo que hace. Como siempre, gris. El pájaro se posa en el toldo del Café de Flore y observa a la gente que entra y sale. Más allá, empieza la vida. Un portal se abre, una joven recoge su equipaje, dos hombres encienden un cigarrillo, un policía se ajusta la chaqueta, la señora cierra la ventana y cuando se vuelca una silla de la terraza del Café de Flore el pájaro que se ha escapado de una jaula se asusta y busca otro lugar donde hospedarse.

Nunca huele mal en una floristería.

L'Étoile Manquante es de esos lugares en los que merece la pena pararse a esperar a que se abra la puerta cuando sale o entra alguien. Hoy entramos.

La primera clienta es una emigrante española que viajó en autobús hasta Grenoble con su recién estrenado marido, y al llegar la abandonó por una francesa que se apoyaba en la barra del café con un botón desabrochado. Mercedes se dijo que, si había que huir de él, lo mejor era París. Y allí se quedó, sin saber francés y sin marido.

Vive desde aquel entonces en el número 14 de un viejo edificio de apartamentos de la rue Visconti de portal azul Prusia con patio interior, paredes agrietadas, pavimento de piedra arenisca, conserje de escrupulosos modales y en compañía de un perrito que ladra poco porque es tan viejo como ella y que se pasa el día dormido junto a la ventana. Una ventana que no cierra bien. Creo que está a punto de morir. Tiene dos habitaciones pequeñas, chimenea de mármol, baldosas de terracota muy gastada por miles de pisadas de varios siglos y algo de parqué que forma un peligroso desnivel. No es raro, el registro más antiguo de esta casa es del 7 de marzo de 1580, cuando Sédille Martin vendió el edificio a Louis Claude Bertrand y esposa. Por el juego de las sucesivas herencias, la casa acaba en manos de unos primos que a finales de 1691

también la venden. Uno de ellos, Jean-Baptiste Hallor de Serranville o Ferranville. No se sabe bien. Pocos años después, un asesor del Parlamento, propietario del número 16 de la misma calle, la compra. Los Louvencourt. Se convierte entonces en un hotel para la primera compañía de mosqueteros de la guardia del rey, al igual que otros edificios del barrio. Cuando este murió, alrededor de 1772, sus hijos compiten por el legado, tanto que vuelven a venderla el 9 de mayo de 1777 a Pierre Elie Barraux Desgranges. Y así va pasando de mano en mano, de heredero en heredero, vendiéndose y revendiéndose, habitando y deshabitándose con pintores y comerciantes de arte. Los últimos dueños serán conocidos por su tacañería, a pesar de la inmensa riqueza que atesoran. El señor Frémont, bravucón y fanfarrón, fue propietario de casi todo el pueblo de Bormes-les-Mimosas y la señora Frémont decora catedrales y tiene amistad con grandes pintores, consciente de que por allí ha pasado Delacroix. Una pareja que, contrariamente a lo que se pudiera pensar, no quiso hacer gastos en el edificio y fueron conocidos por recuperar flores marchitas de la basura y dejarlas florecer en el jardín.

Así han pasado los años hasta hoy.

Y junto a esa ventana que no cierra bien, desde la que se ven tejados y chimeneas de París, doña Mercedes tiene instalada una mesa camilla en la que hay un jarrón en el que pone flores. Hoy está vacío. El ramo de hojas y pétalos secos a estas horas ya está en una bolsa en la papelería del patio interior y el conserje lo ha empujado hasta el fondo con el mango de la escoba.

—*Bonjour, madame.*

—*Bonjour, Julien.* Hace muy buen día.

—Los últimos rayos de sol del verano. Aun así, tenga cuidado con el agua de la entrada, acabo de pasar la manguera. No ha llovido. He sido yo.

—Ya veo... Pase buen día.

Dos pájaros que bebían agua del charco echaron a volar cuando doña Mercedes cruzó la puerta de la calle.

En la floristería del señor Dominique Brulé a veces una señora pedía flores y se marchaba oliéndolas. Al principio Brulé se preguntaba quién sería y si tenían destinatario. Ahora su ausencia era parte de todas las dudas que llenan cada día una floristería. ¿A dónde fueron las flores? ¿Y la mujer? Desde que la muerte estaba unida también a su trabajo sentía que su dedicación no era simplemente hacer ramos. Todo era, como dirá Violeta más adelante, «un juego misterioso de dolor y vida».

Sonó el timbre de la puerta dos veces porque el señor Dominique seguía arrodillado en el suelo como si rezara, absorto como estaba con las caléndulas. Mercedes había entrado en la floristería cargada de bolsas de la compra y le miraba fijamente como si pudiera hacerle despertar de esa minuciosa tarea en la que estaba inmerso. Decidió abrir y cerrar la puerta para que todas las campanillas tubulares hicieran más ruido. Nada. Optó por levantar la voz.

—Señor... Señor Dominique, ¿podría atenderme? Hola.

—¡Oh, sí, perdón, disculpe! ¿Acaba de entrar?

La señora asintió mientras dejaba escapar una sonrisa maliciosa.

—Disculpe, disculpe, disculpe... —dijo él, dejando las tijeras sobre el mostrador—. No me diga que lleva mucho rato esperando... ¡Oh, Dios mío, soy un patán! ¡Y medio sordo! Empiezo a regar y a cortar tallos y acabo olvidando lo principal: que estoy aquí para algo.

—Le dije la semana pasada que debería revisar las pilas del sonotone más a menudo o van a entrar y robarle mientras está usted cortando flores. Y no se dará ni cuen-

ta: le abrirán la caja, sacarán el dinero y se llevarán todo... ¡Vamos! Hasta les dará tiempo a cogerse unas margaritas... Y usted, ni se enterará.

—¿Qué?

—Que si entran... ¡Que le van a robar! ¡A ro-bar!

—Si me roban y no me entero, es como si no me hubiesen robado.

—Vaya por Dios.

—Es que la mayoría de los problemas solo aparecen cuando nos damos cuenta de ellos; así que, si entran, roban y no me doy cuenta, es que eso que me han robado no merecía la pena tenerlo.

—¡Hay que ver! ¡Avisaré a todos de que aquí se puede robar!

—Solo duele lo que echas de menos. ¿Le parece bien, doña Mercedes?

—Pero es que... —Se dio por vencida—. Yo temo por usted, Dominique.

—No tema por mí. No doy miedo.

—Usted no da miedo. A nuestra edad ya no damos miedo ninguno. Pero... me da miedo lo que le pueda pasar. Siempre está a lo suyo, con sus flores... Y le tengo que decir que ya he visto más de una vez salir a los chiquillos con flores en la mano...

—Estarán enamorados.

Ella soltó un bufido de desesperación mirando al suelo.

—¡Incorregible! —exclamó.

—Si es amor... ¿No cree? ¿Usted no se ha enamorado nunca y ha cogido flores del campo?

—Del campo sí, robadas no.

—Yo de pequeño robaba flores de las macetas de la portera de mi edificio, las tenía preciosas. Aunque la mayoría de las veces me colaba por los pasillos del mercado de las flores y allí, mientras mamá compraba semillas, yo

iba robando, tan rápido y tan torpe que... no servían para un ramo. Se me deshacían en la mano. —Hizo el gesto de tirar pétalos moviendo los dedos—. Al final, convencí a nuestra portera para que pusiera rosas. Y aquello fue la envidia de la calle, todos se quedaban mirando la puerta cuando la dejaba entreabierta para barrer y echar un agua. Y pasó lo que tenía que pasar: todos acabábamos robándole flores.

—Pobre señora. ¿Los pillaba?

—¡Oh, no! Estaba orgullosa de su pared abarrotada de flores que trepaban hasta el tercero. Y, si nos veía, disimulaba entornando sus grandes ojos saltones rebuscando en los buzones del vecindario.

—Ya veo entonces a quién ha salido usted...

—¡He salido a muchas cosas! Las circunstancias... Pero es cierto que las flores, para mal o para bien, forman parte de mi vida.

Brulé sabía que sonaba un poco raro. Y lo era, pero también sabía que Mercedes conocía de dolores y de vida, y no se extrañaría.

—De niño se hacen mil barbaridades... —arrancó ella a hablar para romper el silencio que flotaba en el aire.

—Creo que me ponía pálido cuando aquella mujer clavaba esos enormes ojos saltones azules en mí con cierta intranquilidad. Como nosotros. Con las prisas para robarle me pinchaba con las espigas y tocaba ahogar el grito para que no saliera del portal y siguiera mirando los buzones.

—Las mujeres siempre disimulamos.

—Ah.

—Se lo aseguro.

—La mayoría de las ocasiones se enteraba de que le robábamos sus rosas, pero sabía que era por amor. Y por amor todo está permitido. La buena mujer, con tal de que no nos pincháramos ningún niño de aquel edificio, acabó

cortando las espinas... Y míreme, si la pobre mujer supiera que ahora ya no siento nada al pincharme... Nada. —El viento de sus palabras movió las campanillas de la puerta. O fue un ángel—. ¿Qué le decía? —De pronto hizo chasquear los dedos—. Me perdí.

—Seguro que iba a decirme que el dolor va acompañado de la vida. Pero no estamos para boleros. Ni falta que nos hace.

—Pues, dígame.

—Solo quería flores.

—Imagino que no viene a casarse conmigo.

—Por el amor de Dios, usted siempre me sonroja. Aca-
bará por hacerme cambiar de floristería. Si no fuera por...

—Si no fuera porque les leo la mente y sé adivinar qué flores quieren y para qué. Cuénteme.

Al señor Dominique Brulé le gusta llegar de noche a su establecimiento, abre con una llave que lleva colgada al pecho y entra con el pie derecho en L'Étoile Manquante. Siempre cierra los ojos antes de encender las luces y abrir la persiana, se comunica en silencio con todas las especies e imagina cómo será el día. Les da un tiempo prudencial para que se coloquen porque sospecha que han estado toda la noche mezclándose unas con otras y él espera a que vuelvan a estar en sus jarrones de agua limpia cuando da al interruptor. Nunca las pilla en movimiento, un día sucederá. Su floristería es la más bella de Saint-Germain-des-Prés, ha ganado varios premios y siempre se los dedica a las peonías. Tiene setenta y cuatro años, es acuario y el día que abrió la tienda pensó encerrarse y dejarse morir. Cuando vio que las tímidas siemprevivas sobrevivían sin agua después de semanas sin atención alguna y presas del olvido en la oscuridad de su duelo, se dio cuenta de que él también podría vivir sin su amor. Había muerto Julie, pero había nacido L'Étoile Manquante.

—Caléndulas, hoy se va a llevar un ramo de caléndulas. La invito. Le vendrá bien. Dicen que cambian el estado de ánimo.

A Mercedes le gusta comer sola en la cocina, compra revistas mensuales en el quiosco y revisa el buzón por si llegan cartas de España que nunca recibe. Compra la prensa, comida para perros y flores después de tomar un café con dos galletas que saca del bolso y de repasar las esquelas del diario. Le gusta no ver su nombre nunca. No hay ninguna Mercedes en París y el día que lo lea sabrá que ya es un fantasma que toma cafés sin pagar en el Café de Flore y que pasea sola por la ciudad. Más sola todavía. Rompe los recibos en trozos muy pequeños y confía en la bondad de los desconocidos como Blanche Dubois, porque ve mucho cine todos los lunes y memoriza las frases. Su película favorita es aquella en la que sale París, todas. Le gusta reconocer Montmartre, Pigalle, el Moulin Rouge, la place des Vosges, el parque de Luxemburgo, la Ópera, el Louvre, los barcos en el Sena... Y le gusta porque, como los recuerdos, la realidad siempre es más bonita en las fotografías. Jamás se ha acostumbrado a la ciudad. Después del impacto de su llegada a París, Mercedes sigue igual. Por supuesto que la ha recorrido entera, pero en cada nuevo paseo, en esas avenidas enormes o en las calles estrechas, vuelve a sentir la libertad y cierto grado de orfandad. Le gusta. Compra postales y ve cine francés. Ella evoca así todo lo que nunca ha vivido. Sigue siendo una mujer casada con un señor que se quedó en Grenoble vete tú a saber de qué manera y con qué circunstancia. Y la foto de su boda sigue colgada en el salón, solo que la cara de aquel hombre de buenos rasgos y postura elegante está tapada con un reloj de bolsillo que cuelga del marco.

El único hombre con el que habla es Dominique Brulé, el florista.

A veces, cuando él le pregunta por su pasado, ella dice que es una española sin memoria y que como tantos otros se ha visto obligada a perderla. Que solo recuerda las cifras del teléfono fijo de la casa de su infancia y el código de la puerta de entrada de París. «¡Bastante tengo!». Bromea con la tortilla francesa que no es francesa, le gusta pintarse las uñas todos los viernes después de comer y siempre pone la televisión muy bajita para poder dormirse la siesta con el perro a sus pies. Va a misa. Pero no escucha. Le gusta porque le recuerda a su abuela, cuando era niña y pasaba el cestillo de mimbre para que echaran monedas las viejas en el pueblo donde nació. Mercedes fuma de forma nerviosa desde que llegó huyendo de aquella mujer que llevaba el botón desabrochado y de aquel hombre que no dejó de mirarla y, ahora, desde que ve a los jóvenes volver al tabaco de liar ha pensado en imitarlos porque de niña su padre le dejaba hacer cigarrillos con los dedos pequeños, con la perfección de una habanera de fábrica, impoluta. Mercedes es feliz, pero se enfada muchas veces con las cartas que no llegan y por eso hoy necesitaba caléndulas.

—Cambian el estado de ánimo, Mercedes.

—¡Qué sabrá usted, señor Dominique!

—Sé muchas cosas, por ejemplo, que hoy no se ha comido sus galletas con el café y que se acercan las lluvias.

—Acaba de empezar septiembre... Es lo único a lo que no logro acostumbrarme aquí. Qué bien me sentaría el sol del membrillo, ese sol de casa.

—¿Nostalgia?

—A veces me viene la melancolía, pero la espanto enseguida. La tristeza es un mueble viejo, no vale. Cojea. Hace ruidos por la noche y no trae más que bichos.

—Así me gusta.

—Huele tan bien esta mañana —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué flores nuevas hay?

Mercedes se sentó en su silla y puso su bolso encima de las piernas. La silla azul donde siempre se queda esperando a que Dominique le prepare las flores para llevar.

—¡Por cierto!

—Dígame, Mercedes...

—¿Cómo sabe que no he pasado todavía por el café?

—Soy un investigador.

—No juegue conmigo... Bastante tengo con llevarme las margaritas esas que dice usted para el ánimo...

—Caléndulas.

—Eso. Caléndulas. Que en verdad le digo, aquí entre nosotros, que si quiero subirme el ánimo, me tomo un vasito de vino blanco en cuanto llegue a casa y estoy bien animada. Se lo digo como lo pienso. Que no soy yo de esas que no se saben animar.

Estaba mintiendo. Aunque es cierto que Mercedes guarda alcohol en su despensa «para cocinar». Y muchas veces, más de la cuenta, se toma un vaso para guisar sus emociones.

Mercedes pensaba a veces que el señor Dominique era un loco que jugaba con las flores y los sentimientos de los clientes. No en vano ella dejaba pasar a los asiduos compradores para ver cómo los trataba y los convencía de lo que debían llevarse con aires más de prestidigitador que de florista. Primero creyó que era porque quería deshacerse de las flores de temporada y de las que estaban a punto de marchitarse; sin embargo, estaba en un error. El señor Dominique Brulé era testigo del amor y de las pérdidas, de las conquistas y las despedidas, de los regalos y las sorpresas. ¿Tanto jugaban las flores con el corazón? «Desde el día que nacemos —se decía—, aparecen las flo-

res en nuestras vidas. Y ahí siguen, ininterrumpidamente, hasta el último día».

—Quiere decir..., ¿que...?

—Por supuesto. Llévase dalias. Y si me permite la nota, se la escribiré yo.

—Es que no sé qué poner...

—¿Cumpleaños? ¿El segundo ya?

—Recuerda que le dije que...

—¡Oh, por supuesto! Debería confiar en mí. ¿Quiere un caramelo? Coja de la copa mientras le preparo el ramo.

—Es usted muy amable, tan educado...

—Ahí se equivoca..., se equivoca... Solo soy un traductor de flores.

—Pues debería decirme qué me cuentan...

—Le van a gustar. Le van a gustar.

—¿Sí?

—Y usted también... Créame.

La clienta cerró la puerta y doña Mercedes sonrió cómplice.

—Adulador. Es usted un adulador de manual.

—Paparruchas. Esa chica está guapa y hoy necesita que se lo digan. Hoy le dirán que la quieren.

El día de la boda de la pequeña Brigitte decidió llenar la capilla de Saint-Germain con claveles blancos. «No te gastes más», le dijo. Se fueron de viaje de novios, hicieron fotos y se bañaron en las aguas del Caribe porque siempre había querido hacer corazones en la arena blanca, coger corales y bucear entre tortugas y tiburones. Hasta ese momento los claveles eran lo único sencillo de aquella boda de postín de los nuevos señores Bannalec. Acertó. Dos meses después, el matrimonio se había roto porque los abrazos no llegaban al corazón. O dicho de otra manera:

porque los abrazos no coincidían con el amor. La medida de las flores había sido necesaria.

Desde el primer día que entró en aquel viejo taller de numismática convertido en floristería, el señor Domini-que se había propuesto hacer la vida feliz a todos. Si él no lo era, que lo fueran los demás. Y su instinto con los episodios que vivimos las personas a lo largo de nuestra vida era milimétrico, casi de relojero.

—A ver, dígame, querido investigador, cómo sabe que no he ido a desayunar..., que no he pasado por el bistró como de costumbre.

—Nada más entrar lo noté.

—¿...?

—Cuando ha entrado y ha apoyado el bolso...

—No entiendo cómo...

—Pues... algo ha crujido.

—¡Oh, Dios mío! Ni me di cuenta. Estará todo lleno de migas. Eso me pasa por despistada...

Mientras ella vaciaba su bolso en el mostrador, el señor Dominique se puso a ordenar las dalias que llenaban el escaparate.

La casa de doña Mercedes es un museo de antigüedades baratas que saca de los puestos de chamarilería de las galerías Saint Paul. Los hogares se plasman en los detalles, en las cosas. Y ella teme que quien llegue a su pequeño piso de la rue Visconti —apenas recibe visitas— vea que no tenía pasado. Se compra retratos de gente desconocida en Le Marché des Enfants Rouges y les inventa vidas para sentirse acompañada. Recoge muñecas rotas que reviste con telas de vestidos usados. Tiene un reloj alemán en el que baila una pareja cada vez que suena la hora en punto. Eso, según ella, era de su abuelo. «La suerte que

tengo de conservar las pequeñas cosas es providencial», dice, porque, también según ella, en la guerra los echaron de su casa palaciega, una próxima a Oviedo, rodeada de prado y vacas, y tuvieron que buscar lugar en peores pisos urbanos. Afortunada que seguía teniendo «esas pequeñas cosas». Como le encanta madrugar, aprovecha para pasearse por los puestos y cazar joyas que por cuatro euros le hacen pasar por una señora de maravilloso pos-tín. Le encanta dedicar la tarde a recrear sus hallazgos, recordando con gusto el porqué de cada objeto. Ni que decir tiene que los ceniceros con el fondo ilustrado con paisajes y flores la fascinan.

Dominique lo sabía. Y siempre le regalaba las flores.

—¡Por Dios! Llevo todo el forro lleno de miguitas de las galletas, tendré que vaciar hasta el último bolsillo... Y lo peor, llevarlo a la tintorería porque son de mantequilla, de las que vienen en cajita metálica, y he puesto todo perdido de grasa y azúcar. Soy una boba, soy una boba... —se repetía sin parar mientras justificaba unas viejas manchas del bolso que tenían forma de mapa escolar con islas y penínsulas.

Dominique se ofreció a limpiar la geografía de seda con uno de sus productos del almacén a cambio de que le escribiera con buena letra femenina —así lo dijo— un cartel que quería colgar en el escaparate. Por supuesto, doña Mercedes aceptó encantada a cambio de más conversación. Él frotaba y ella escribía lo siguiente:

SE BUSCA AYUDANTE DE FLORISTERÍA.

RAZÓN AQUÍ.

ME LLAMO DOMINIQUE BRULÉ.

P. D.: MEJOR SI TIENES NOMBRE DE FLOR.

Al día siguiente, doña Mercedes ya estaba sentada en casa de Tilde, cartas en mano, para echar una partidita a la brisca. Se puede decir, querido lector, que es la única tradición española que guardan las dos emigrantes en París. No hay perfume que dure más que el olor a café y no hay recuerdo que siga en pie más allá de unos años. Todo caduca. Las flores pierden el aroma y hasta las fotos el color; en cambio, las pequeñas tradiciones se mantienen firmes como si fueran la única cosa a la que aferrarse. Los exiliados no se encuentran bien en ninguna parte; se acomodan, se buscan, se tropiezan, se inventan, pero solo les quedan los recuerdos desvaídos. Qué pálida es la memoria.

Tres cartas para cada una y un café en taza grande. Sabía por qué había ido allí. Se le había revelado una nueva razón para vivir. Desde hacía casi dos años no había ocurrido nada en sus vidas. Últimamente no pasaba nada. Habían llegado a echar de menos a los maridos invisibles, porque cuando no se tiene a nadie hace falta contrincante, como en las partidas de cartas. Fueron tomando una a una de la baraja hasta que el café se enfrió.

Había ganado Tilde.

Mercedes pensaba.

—¿Estás bien? Tienes cara de dolor.

—No... No..., estoy bien... Bueno, eso creo. Porque si vas al médico algo te saca. Yo por eso no voy. Prefiero pasear.

—Pero ¡qué tendrá que ver el médico con los paseos!

Lo dijo pasmada. Tilde pensaba que Mercedes era la que la hacía sentir bien en la vida porque estaba más loca y más sola que ella. Y las locas y solas (o viceversa) se llevan bien, dependiendo del grado de delicadeza con el que se traten. Ellas jugaban a ser señoras respetables, amigas y enemigas solo en el juego de la brisca.

—Te voy a sacar un ibuprofeno.

—¡Huy, no! Un paracetamol, mejor. Que dicen que lo otro te destroza.

—Me da igual. Tú te crees que a ti y a mí nos va a destrozarnos una pastillita de esas con lo que llevan nuestros cuerpos... Que ni tú ni yo somos jipis y podemos con toda la química.

—Pues dame un omeprazol primero.

—Venga. Cuéntame. ¿Qué te pasa?

A veces cuando tienes ganas de hablar, no te sale lo que querías decir y si te preguntan para que sueltes lo que llevas dentro, toda tu perorata preparada, te atascas y no hay manera de arrancarse. El rodeo hasta alcanzar la almendra llega a ser kilométrico pasados los sesenta. Y así podía suceder con estas dos amigas: Mercedes y Tilde.

Abrocharse un botón de la rebecca acentuó el interés por lo que tenía que contar. Un poco como esas escenas de *La casa de Bernarda Alba*, pero exenta de drama, de negros y de ventanas cerradas. Estas dos mujeres vivían de cara a la luz y a la calle, sus complicidades eran comentadas en el barrio y sus parones en la calle, casi como frenazos, para echarse a reír, también. Vibraban con la novedad, con la sorpresa y con la juventud ajena. Tilde tenía

una pensión mejor que la de Mercedes, pero eso esta lo solucionaba con un ingenio aplastante. Se cosía cuellos de blusa con restos de tela que ajustaba a la rebeca o al abrigo con varios imperdibles, con lo que siempre parecía que estrenaba algo nuevo. Lo que estás pensando es cierto: no podía descubrirse jamás. Su fachón imponente, querido lector, bastaba para confiar en que esos cuellecitos de lunares, rayas, flores o estampados varios continuaban desde el cuello hasta el pecho y de ahí a las mangas y a la cintura. No. Mercedes solo tenía «lo que se ve». Y «lo que se ve» lo guardaba con sumo cuidado en el primer cajón de la cómoda. En el segundo había ropa de cama y en el tercero toallas bordadas y con puntillas que ella había añadido de las labores que su madre había hecho antes de morir.

Sí, Mercedes era todo delicadeza. Refinada, distinguida y con una ternura aplastante.

Tilde, más despierta, conservaba esa sutileza de los colegios de monjas, mezcla de primor y mala leche.

Eso sí, las dos escrupulosas y dignas de una novela o de una película de esas que elegía Mercedes: francesas y a ser posible protagonizadas por Catherine Deneuve.

Mercedes observaba a Tilde frunciendo el ceño, como buscando las palabras para romper a hablar. Aparte de dejar de cocinar con aceite y pasar a la mantequilla, la española no había cambiado mucho.

—Supongo que vas a soltarlo ya.

—Creo que el señor Dominique Brulé busca novia —tartamudeó. Tilde se echó a reír—. Ya —dijo Mercedes—. Se diría que está loco. ¿No es increíble?

—¿Por?

—A su edad.

—A la nuestra, dirás.

*

Como no podía ser de otra manera, la primera chica en entrar dijo que tenía nombre de flor. Una muchacha sencilla y elegante que vestía uniformada como todas las demás chicas del barrio. En las calles últimamente parecían todas sacadas del mismo escaparate y costaba diferenciarlas. La dictadura de la ropa accesible y las revistas había convertido las aceras en ejércitos de niñas iguales que esquivaban farolas y toldos inexplicablemente mirando el teléfono y tecleando a la vez. «Me hago mayor», pensó el señor Dominique. «Y no quiero», se dijo también.

*

—¿Pero crees que es amor lo que busca o compañía?
—¿Qué diferencia hay, Tilde?

*

Mi plan de vida desde que desapareció Julie ha sido ser feliz por los dos. He tratado de serlo. Ella no habría bajado la guardia. Era injusto llorar porque ella no era tristeza. Julie era velocidad, risa, atrevimiento, locura, vida. Nunca permitiría que la vida quedara desperdiciada en un duelo, un luto, una oscuridad de dolor. Y créeme que eso era lo que me apetecía en aquel lugar donde sus padres la llevaron para despedirnos de ella. El tanatorio donde seis familias a la vez decían adiós a los suyos con un ir y venir de conocidos y desconocidos más o menos arreglados para la gélida ocasión. Yo, el joven marido Dominique, me evaporé en la silla que me habían dejado junto al cristal que me separaba de ella. Estaba entumecido y permanecí callado. Y allí, con la música de los besos, las palmadas en el hom-

bro y la puerta que se abría y cerraba para dejar pasar a la gente, me dije que no. Ni lloré ahogado como estaba en mi desgracia, ni comí, ni me moví; inerte como ella, puro reflejo de su ida a un «mundo mejor», según pregonaba su madre junto al cura. Mejor vida. Eso decía. Mejor vida. Como si la que los dos compartíamos fuera una vida mala. Ese consuelo absurdo, irracional y paradójico era inadmisible para mí. Aunque todo era chocante. Un chico joven, recién casado, feliz, con ganas de vivir...

... de vivir con ella...

¿Qué me decías? Donde sea, pero contigo.

Tuve que cobijarme en sus ojos cerrados consciente de que jamás los volvería a abrir. Y peor, reflejarme en el cristal en un siniestro juego de espejos de vida y muerte que provocaba esa mezcla de espectadores y actores entrando y saliendo. Te recordé en la casa de montaña a la que fuimos por primera vez como un país imaginado de calma y bosques en medio de los Pirineos donde buscábamos amarnos. «Quiero que este sea nuestro primer viaje de pareja», dijiste. La nieve lo cubrió todo y —qué distinto el frío al de ahora— nos quedamos dos días dentro de aquella choza en la que se acabó la leña y nos abrazamos bajo las mantas frente a las brasas... Qué presagio. Como si me avisaran de que el calor se acabaría por culpa de otros y no de nosotros. Qué dormida te quedaste y qué bella estabas, parecías una *Ofelia* de Millais.

Alguien que entraba a la sala cinco del tanatorio dijo: «Esto es un mal sueño».

Entraba con flores, «Las peonías que tanto le gustaban», dijo. Y no supe que eran peonías, porque hasta entonces la única que olía bien para mí era mi chica. A su perfume de siempre. Las flores me daban igual. «Otro

ramo de peonías». «Dejadlas ahí», decía su madre mientras iban entrando. «Esto es un mal sueño», añadían. Y aquello se fue llenando de flores. «Más peonías».

Peonías.

Peonías.

Peonías.

Todos sabían que las peonías eran su flor favorita menos yo. Todos traían su flor. Todos.

Todos lo sabían menos yo.

¿Qué nos queda por saber de aquellos a los que amamos? ¿Qué se queda por el camino? ¿Qué hay que nunca nos contamos? Peonías. Eso era. Nuestra felicidad era tanta que ya solo me quedaban de ella todas las peonías. Rústicas, simples y terriblemente bellas. Es la flor de los matrimonios felices. La de los doce años. La que nace precisamente el mes que te fuiste. El mortal Peón, médico de los dioses en la *Iliada*, se convirtió en Peonía para evitar su muerte física. Todas esas fábulas que me contaba tu hermano en voz baja y que tanto bien me hacían en ese momento junto al café aguado de la máquina de la entrada del tanatorio... Y pensé —terrible escenario— que tú te estabas convirtiendo en peonías para evitar irte. Mi única salvación era ese descuido que empezaba a asfixiarme: tener siempre peonías a mi lado. Cuidarlas como ya no te podría cuidar a ti.

—De acuerdo, no ha sido el mejor fin de semana de nuestra vida —admitió ella—, pero tenemos el récord del abrazo más largo del mundo. ¿Cuántas horas hemos estado así? No creo que haya otra ocasión... Vamos a sacarle el lado bueno, ¿vale?

—Muy bien —dije—, este abrazo será nuestro objetivo a batir. Deberías siempre buscar casas sin calefacción para quedarnos bajo la manta.

—Creo que me he quedado dormida mucho rato, ¿te duele el brazo?

Me dolía.

—Nada.

—Pues parece que se te ha quedado dormido...

—¿Mi brazo? ¡Qué dices! ¡Este brazo no se duerme! Pregúntale, va, pregúntale y verás.

Julie me miró con una sonrisa pícara, sabía que estaba intentando moverlo para quitarle la rigidez por la postura de horas aguantando su cabeza en mi pecho. Me lo habrían amputado unos cazadores o yo mismo con un hacha y ni hubiera sangrado. Estuve a punto de decirle que diera pequeños mordiscos para disimular, pero me hice el legionario: me eché en la alfombra al levantarme y ella empezó a reír.

—¿Estás seguro?

—Mi brazo es tuyo.

—Vaya, he oído muchas cosas en la vida, pero no pensé que nadie me ofreciera un brazo como señal de amor —comentó, sacando la lengua—. Es muy generoso por tu parte, pero no habrá manera de que me coloques el anillo si me quedo con tu brazo... Imagina la escena... La iglesia, tus padres, mi familia, los del coro, los invitados... y yo con tu brazo en las manos... Por favor, ¿me lo aguanta? Y el cura llamando al monaguillo que se acerca con cara de asco y coge tu brazo con una bandeja de plata... Al verlo se niega y llega la monja y lo cubre con un mantelito... Glups.

—Así que la dama no quiere mi brazo.

—No, no, no. Quédatelo.

—Y tú, ¿qué me das? —te pregunté.

Ese silencio maravilloso de dos enamorados que saben la pregunta y la respuesta.

Uno...

Dos...

Tres...

—Mi corazón —dijiste.

Y respondí lo peor que podría haber dicho alguien enamorado hasta las entrañas como estaba yo:

—Si me das tu corazón, morirás.

Te miré y cambiaste de opinión.

—¿Mejor un beso?

Hoy, sentado frente a tu cuerpo, siento que tengo el corazón en las manos deshaciéndose en pétalos de peonías.

—¿Qué harás ahora, Dominique?

Tu madre siempre ha sido muy oportuna preguntando obviedades. Sacudí la cabeza. No me eché a llorar por ella. Inspiré profundamente, erguí la espalda y dije: «No lo sé». No me preguntó mucho más. Como de costumbre, no pintaba nada. No pude evitarlo. Sentí un alivio impropio. Hizo un levísimo gesto de consternación y empezó a hablar con un desconocido que arrastraba una silla. Y aun así podía oír los latidos de mi corazón, la palpitación forzada. Mecánica. Lenta. Molesta incluso. Solo que nunca había imaginado que pudiera llegar el día en que escuchara un solo corazón: el mío. Sin embargo, fui consciente de que no debía llorarte porque sentí que me guiñabas un ojo desde el otro lado del cristal.

Nada tuvo que añadir el narrador porque imaginó la escena tal y como la contaba el protagonista. Sintió, eso sí, un escalofrío próximo. Quiso abrazarlo.

*

El día de tu muerte actuaron como si yo me convirtiera en ese instante en un desconocido para ellos. Noté que habían cortado cualquier lazo de unión conmigo.

Los amigos de tu familia animaron a tus padres a hacer un viaje para que «no se quedaran encerrados» e hicieran el «dolor más llevadero». ¿Dolor más llevadero? ¿Qué es eso? ¿Adónde se viaja para huir del dolor? ¿Qué estación de trenes vende esos billetes? Los familiares estuvieron en lugares comunes:

—Es lo mejor.

—Eso deberíais hacer.

—La enfermedad ya os ha dejado tocados.

—No debéis hacer más duelo.

—Ya está.

—Qué más vais a hacer.

—Vuestra hija querría...

«Ya lo pensaré mañana», dije en un ejercicio de procrastinación espontánea para huir del dolor como si sirviera de algo postergar las lágrimas para mañana.

En ese instante la madre de Julie guardó silencio y contemplé alfileres en sus dientes en lugar de una bendición. Se abrazó a su chaqueta cerrándola hacia sí misma y se ofreció tímidamente a ayudarme con lo que necesitara. Se puso en pie, me apretó la pierna como despedida y se acercó al resto de familiares que murmuraban recuerdos comunes.

Yo ya estaba solo. Me había quedado solo. Nadie se fijaba en mí.

Recorrí los metros que me separaban de la puerta, crucé entre las decenas de ramos de peonías y salí al exterior. Desde la puerta, sin que nadie me prestara atención, te guiñé un ojo. Noté en mis manos cómo se deshacía tu corazón otra vez en pétalos.

«Te quiero», vocalicé.

«Ya he besado a todos los familiares», había pensado Dominique Brulé, reconociendo algunas de las caras que gesticulaban como en una película muda. «Deberíairme ya de aquí... Soy el que sobra, el que ya no forma parte de la familia. Mi ausencia es la pieza que ajusta su puzle».

Trató de convencerse de que esa era la razón por la que se iba de allí, del tanatorio, aunque sonaba más a excusa para salir de allí que a búsqueda de argumentos. Nadie sabe gestionar el dolor y él se estrenaba en el más importante de su vida: ella.

De modo que allí estaba Dominique, cuando todavía era un chaval de veintipocos años, con barba de varios días. Se volvió hacia ellos pensando: «Bueno, ya está, adiós, solo me importaba Julie, para vosotros fui un extraño y ahora lo soy más», y continuó sobre sus pasos con ese aire de funambulista que solo está pendiente de sus pies para llegar al otro lado de la cuerda. A zona segura. Por espacio de unos segundos de indefensión, sus pies no reaccionaron, hasta que el motor de la soledad lo devolvió a la vida. Echó a andar. Dominique era un volatinero que huye del dolor.

«¿Estaré haciendo lo correcto?», se preguntó cuando pasó por el último ramo de peonías y una oleada de recuerdos felices le atrapó.

«Tengo que mirar siempre al frente, como si ella fuera a aparecer el día menos pensado —se dijo—. He de vivir como si Julie se hubiera marchado de viaje y quiero esperarla con un propósito muy claro: besarla de nuevo. Cuando pasen los días, cuando me vaya haciendo mayor, cuando la Navidad caiga en mis manos con su ausencia, cuando me siente frente a una chimenea que crepita, cuando dé vueltas solo a la manzana, sabré qué estoy haciendo. Esperar. Y quiero que cuando llegue ese día me vea sonreír, me niego a que se sorprenda con un viejo apagado que ha llegado a su destino final».

Así fue Dominique caminando por las calles, ausente mientras los taxis pasaban en verde a su lado, con hambre, con una ilusión y un delicioso pero extraño aroma a peonías en su cabeza.

Las peonías desaparecen cada invierno y reaparecen cada primavera.

La bebida ayuda. Bebió mucho durante esos días. A juzgar por la forma en la que se apoyaba en las barras, se diría que estaba esperando a alguien. A ella. Pero no andaba tan borracho como para imaginar que aparecería. Sin embargo, lo esperas como un estúpido. Entonces tuvo un oportuno golpe de suerte cuando buscaba otro bar: ante sus ojos apareció un niño que escribía «te quiero» en una puerta vieja de una tienda de numismática abandonada de Saint-Germain. Al aparecer Dominique el crío se asustó y al sentirse pillado echó a correr con su balón bajo el brazo dejando caer el trozo de yeso con el que escribía. No le dio tiempo a cerrar la silueta del corazón.

«Julie», pensó mientras se acercaba a coger la tiza. Pero en ese momento una anciana que se colaba entre las rejillas de una ventana de una planta baja, como si hubiera cazado al maleante, le gritó:

—¿Qué hace, sinvergüenza? ¿Pintar la pared?

—Lo siento... Iba a...

—¡Vaya! —exclamó la mujer.

En ese momento no ocurrió más que lo que tenía que pasar. En la penumbra del dolor cualquier luz convierte la sala en una floristería. La anciana tenía las manos llenas de anillos porque prefería llevar todo encima, así lo dijo, y se evitaba tener que dar dos vueltas a la puerta cada vez que salía a la calle. Estaba jugando al parchís cuando Dominique fue invitado a pasar a su casa y ella era todos los jugadores, había decidido comerse a ella mis-

ma y ganar o perder siempre. Era como una forma de vivir más veces.

—¿No te das cuenta, pequeño?

—Pero puede ser algo aburrido...

—¡Oh! No, no, no. Aburrido sería tener que aguantar a tres viejas como yo que se equivocan al contar y que se levantan de la silla para ir a hacer pipí cada dos por tres. Yo, en cambio, me mantengo firme, estoy en mi casa, juego conmigo y me cuento y gano.

—O pierde...

—¿Contra quién? Juego sola.

—Ya, pero —intentó explicar de forma absurda Dominique— como también juega con las otras fichas, pues tres de cada cuatro pierden...

—Yo soy la que gana. ¡Pareces tonto! ¿Quién me obliga a elegir el color que pierda?

Entonces dijo que se llamaba Paulina, que tenía noventa años y que, si no fuera por las goteras del vecino, ella estaría divinamente de salud. Como si una cosa tuviera que ver con la otra.

—¡Es un demonio el de arriba! Hace años que no arregla esa gotera... ¿La ves?

Ambos miraron hacia el techo.

—Sí. Ese círculo junto a la lámpara.

—Está así toda la vida, ni crece ni desaparece. Es como si me vigilara la maldita mancha. La última vez que cayó una gota acertó en la taza de café. Y me dije que, si volvía a caer otra gota en la misma diana, yo me convertiría en hada.

—Y... ¿qué pasó?

—Muchacho... ¿Me ves alas?

Se deshizo en risas ella sola mientras Dominique pensó que era un tipo ridículo que se veía sobrepasado hasta por una vieja loca de noventa años con tacones y anillos de echadora de cartas.

—¡Si fuera hada iba a estar así! ¿Yo? Yo soy la de siempre, ni volvió a caer más agua ni me salieron alas en la espalda. Lo que habría sido una locura, porque imagina qué incómodo para sentarme en el sillón, tendría que dormir siempre boca abajo, como cuando me operaron de la retina. ¿Sabes? Tuve desprendimiento. Me obligaron a estar a oscuras y así me quedé. Resulta que me acostumbré a la poquita luz de esta casa y no me gusta mucho encender las luces... Cuando se hace de noche me voy a la cama... Duermo bien. Usted, ¿duerme bien, querido joven? No tiene buena cara...

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Hay alguien más aquí?

La mancha del techo parecía crecer sobre nuestras cabezas, se dijo Dominique, como si un nubarrón del destino estuviera persiguiéndole durante los últimos días en forma de nubes negras. Pero el ruido de la cafetera silbando como un niño le despertó.

—Me recuerda mucho a mi marido.

—¿El de la foto?

—Antoine. Ese soldado que ves. Era igual en la guerra como en la paz. Un buen hombre. Lo pilló un coche, lo atropelló cuando venía de comprar la prensa. Qué raro se me hizo desde entonces ver a la gente comprar el diario..., qué tristeza más grande... No quise nunca saber nada de las noticias porque todas son malas. Siempre lo decía él: «Solo publican maldades, todo el mundo muere y lo matan». Claro. Y Antoine fue mi última noticia.

Todo el mundo calló al oír aquello y el silencio se hizo interminable. Todo el mundo es Dominique y la cafetera que había dejado de pitar.

—¿Quiere café? Cuénteme... —Siguió callado—. De acuerdo —repuso Paulina, sirviéndose en una taza descascarillada, pero en la que se apreciaba todavía el dorado de

los buenos tiempos—. Debería reñirte por haber pintado la puerta de la vieja tienda, pero me has parecido un niño y como debe ser que soy un hada a la que no le salieron nunca las alas, voy a decirte que puedes quedarte con ella.

—Por favor, doña Paulina... —dijo Dominique, negando con la cabeza—. Solo pregunté si estaba en venta o en alquiler.

—Me da igual. Soy una vieja que juega al parchís y gana siempre.

—Sí lo es.

—Y como soy una mujer vieja que gana siempre, quiero que la vuelvas a abrir, quites las telarañas, pintes todo, pongas en marcha el corazón de este edificio... Seguramente, contigo aquí hasta desaparecerá el nubarrón este que tengo sobre la cabeza...

—Pero no puedo aceptar...

—Por supuesto que puedes aceptar. ¿Puedes correr sin zapatillas por el campo? Pues esto es más fácil. Aun así, rojo, verde, amarillo o azul, ganaré. Antoine estaba lleno de ilusión con su tiendita de numismática, le dije que eso no se vendía, que la gente apenas compraba sellos y monedas viejas... Pero él, erre que erre, quiso que su pasión fuera también su negocio. Y... la vida... La vida no se acaba nunca.

Dominique repitió para sí la frase que acababa de decir Paulina como una exhalación.

—Sí, Dominique, no se acaba nunca. La vida sigue, también sin nosotros. Como un ramo de flores, cuando se seca podemos poner otro en su lugar. Y así siempre..., así siempre...

Rompí a llorar como no había llorado nunca, como si todo el nudo que tenía en el pecho desde que abandoné el tanatorio de Julie se descompusiera en ese momento.

En medio de aquella casa lóbrega y feliz volví a ser el niño que corría descalzo por el campo con ella. Del dolor ahogado que se había quedado aprisionado en la sala cinco surgió un manantial de lágrimas.

—Al final, me saldrán las alas, Dominique... Todo está cayendo en el café. Tantos años después.

Abracé a aquella desconocida como si fuera mi abuela, habría querido que lo fuera, completamente ajeno a la distancia que nos separaba. Los brazos delgados y llenos de huesos se hicieron fuertes en mi espalda como ramas de almendro. Sentí lo mismo que la primera noche de Reyes en el desayuno: ni sorpresa, ni alegría, sino una felicidad que fue creciendo en mi interior, a medida que comprendía que era un día especial. Me sentí pequeño, niño, protegido ante los problemas por esa mujer desconocida. Me dijo que dejara salir el aire que tenía ahogado en la garganta y asentí, porque no podía pronunciar palabra. «¿Me has oído? Respira. Respira. Deja que salga todo lo que te angustia». Y de pronto fui consciente del dolor por la muerte de Julie, pero también de la felicidad que me estaba llenando como en una transfusión la vieja Paulina.

Apenas firmamos días después el contrato de cesión de su bajo —la tienda—, ella murió.

—Todas las veces que quieras ser feliz solo tienes que serlo. No esperes. Sé.

Sonrió victoriosa.

*

Pensamiento, flor de otoño.

Se dice que está poéticamente relacionada con los recuerdos. Cuenta la leyenda que, si esta flor se coloca sobre alguien que duerme, hará que cuando se despierte se enamore de la primera persona que vea.